

## El renacer de una semilla

### Cuento

Soy una simple semilla de violeta atrapada en el interior de la tierra.

El día anterior, y por causa de una ráfaga de viento, fui a parar entre la lana de una oveja, y aferrada a ella llegué hasta este lugar. Fue cuando el animal se sacudió, caí y me introduje entre la tierra del camino; luego, los niños, al salir de la escuela, de regreso a casa y mientras jugaban, me pisaron con sus botas y me hundieron en la húmeda tierra.

La noche ha sido muy fresca. Al amanecer el rocío ha vuelto a humedecer la tierra que me cubre. Se ha filtrado y me ha empapado como si fuera una esponja. La tierra y el agua producen un efecto de alarma en mi metabolismo y activan mis enzimas y hormonas: auxinas y citocininas se ponen a trabajar y provocan mi crecimiento. Noto cómo se inicia una metamorfosis y mi estructura interior se va dividiendo célula a célula. Es mucha la actividad, la agitación, la efervescencia a la que estoy sometido. Percibo como si algo grandioso se estuviera forjando en mi interior, algo que trata de salir con una fuerza tremenda, que busca la salida tanteando a ciegas todo lo que me rodea y que no se detendrá hasta alcanzar la luz. Paralelamente comienzo a estirar los brazos, las piernas. ¡Qué digo! Son raíces que surgen de mi pequeña estructura y que escarban el suelo hostil hasta fijarse como anclas a la tierra. Con ellas bebo lentamente las gotas del rocío y toda la humedad que puedo, bombeándola desde los capilares hasta el apéndice superior que crece y asciende, al cobrar energía y reponer las fuerzas. Casi a punto de alcanzar el exterior detecto el calor. El Sol ha calentado la tierra que me cubre, no mucho, pero lo suficiente para obligarme a un esfuerzo final. Surjo al fin y contemplo cómo mi silueta, de forma casi imperceptible, muy discreta, comienza a formar parte del paisaje, allí, a ras de suelo.

El sol, al acariciar mi fibrosa piel, la estimula hasta que empieza a brotar de ella verdes apéndices: son las hojas. La metamorfosis casi ha concluido. Percibo cómo van adquiriendo un tono verde más oscuro y de entre ellas, en el extremo superior, surge un pequeño capullo que florece rápidamente.

Capto a través de las fibras que conforman mi cuerpo los ruidos que hace al despertar el pueblo cercano. Es una vibración pausada, profunda, yo diría que hasta extraña. Tengo miedo. La siento tan dentro que hace que tiemble todo mi cuerpo. Mientras tanto termina de formarse la flor que surge de mí y se abre. La vibración aumenta. Es como si la fuente que la produce estuviera mucho más cerca. La flor se colorea. A través de ella percibo el cielo y la naturaleza que me rodea. Puedo sentir a mi lado a otras compañeras como yo y en ellas reparo como si fueran un espejo, que somos de gran belleza.

La tierra cruje muy fuerte, todo se mueve a mi alrededor. Y tras sentir un dolor acerado...

Ya no soy una semilla, no sé lo que soy o en qué me habré convertido. Pero todavía puedo sentir y contemplar el aire, el Sol, el cielo que continúa avanzando hacia el mediodía, los campos y a un hombre alejándose con parte de mi en su calzado. Entonces no existo. Presiento que ya no existo. Las botas del labriego se han posado sobre mi cuerpo y lo han aplastado, dejando en su lugar una mezcla verdosa de fibras muertas.

Mientras el labriego se acercaba, antes de que me pisara, pude percibir que, al sacar de su bolsa el desayuno, se le cayeron unas semillas de trigo que llevaba en el interior, sin darse cuenta, y entre ellas, también, una de violeta.

Una vez más comienza el día. El Sol despunta ya en el horizonte.

Soy de nuevo una semilla que ayer un labriego pisó, enterrándola y que ahora la humedad...